

Perspectivas para el análisis de la acción colectiva: algunas reflexiones críticas y posibles aportes desde la teoría de la hegemonía¹

Different perspectives to analyze collective action: some critical reflections and possible contributions from the hegemony theory

María Virginia Quiroga²
UNRC-UNC-CONICET

Recibido: 25-03-13

Aprobado: 02-04-13

Resumen

En este artículo se intenta reflexionar sobre algunas perspectivas empleadas para el análisis de la acción colectiva. La reconstrucción del estado de la cuestión

¹ Este artículo retoma en gran parte las investigaciones desarrolladas en el marco de la tesis doctoral aprobada en noviembre de 2012: “Constitución y redefinición de identidades políticas en experiencias de movilización social. La CTA en Argentina y el MAS-IPSP en Bolivia (2000-2005)”. La misma fue realizada con el financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET-Argentina) en el marco del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina (Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba-Argentina). Agradezco los señalamientos pertinentes y el constante acompañamiento de Mariano Yedro en el proceso de redacción de estas líneas. También agradezco las observaciones efectuadas por los correctores de este texto, que contribuyeron a su claridad teórica y expositiva.

² (mvriniaq@yahoo.com.ar). Dra. en Estudios Sociales de América Latina (Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Becaria Postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Entre sus últimas publicaciones destacan:

Quiroga María Virginia (2013) “La identidad política del MAS-IPSP en Bolivia. De tradiciones, demandas y antagonismos”. En: *Revista Pós - Revista Brasileira de Pós-Graduação em Ciências Sociais*. Pag.249-271. Universidade de Brasília, Brasil. ISSN 2317-0344.

Magrini Ana Lucía y Quiroga María Virginia (2012) “A 10 años de diciembre de 2001: de la protesta social, luchas, desafíos y reinventiones de lo político”. En: *Estudios*. Centro de Estudios Avanzados, Córdoba. ISSN: 1852-1568.

Quiroga María Virginia y Barros Sebastián (2012) “De las Prácticas Articulatorias entre Movilización Social y Gobiernos. Notas sobre las Experiencias de Argentina y Bolivia en el Siglo XXI”. En: Tejerina, Benjamín & Ignacia Perugorriá (eds.), *Global Movements, National Grievances. Mobilizing for ‘Real Democracy’ and Social Justice*, Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, ISBN: 978-84-9860-768-0.

permitió, por un lado, identificar elementos que resultarían pertinentes para el estudio de diversas experiencias de acción colectiva en América Latina de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Por otro lado, dicha sistematización puso en evidencia las limitaciones de las miradas predominantes para abordar el carácter no homogéneo de las identidades y su dinamismo constante a partir de prácticas articularias. En esa línea se retoman algunas categorías de la teoría de la hegemonía, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que resultan de suma utilidad para clarificar el sentido de la movilización social contemporánea.

Palabras-clave: acción colectiva – perspectivas teóricas – teoría de la hegemonía- identidad- América Latina

Abstract

This paper presents some perspectives to analyze collective action. On the one hand, that reconstruction allows us to identify some categories which result very interesting to study different experiences of collective action in Latin America of the endings of 20th century and the beginnings of 21st. On the other hand, the systematization shows the limitations of the principal approaches to understand the heterogeneity and the constant dynamism of identities. In that way, we take some categories of the hegemony theory –worked by Ernesto Laclau and Chantal Mouffe– to understand the senses of contemporary mobilization.

Key-words: collective action – theoretical perspectives – hegemony theory – identity – Latin America

Introducción

El presente artículo parte de reconocer y analizar críticamente algunas de las perspectivas contemporáneas dedicadas al estudio de la acción colectiva. Para ello, en un primer apartado, se construye una sistematización³ de la variedad de corrientes de análisis abocadas al tema, destacando sus exponentes principales y los argumentos centrales. Luego, se sostiene la insuficiencia de las interpretaciones basadas exclusivamente en referencias contextuales o en caracterizaciones de los modos de organización y los repertorios de acción, ya que las mismas no lograrían dar cuenta de la complejidad y la contingencia de la movilización social en la América Latina del Bicentenario⁴.

³ Esta clasificación no pretende ser exhaustiva, sino que presentamos algunas de las perspectivas teóricas que se han dedicado al análisis de la temática general de la acción colectiva. Luego, frente a las insuficiencias de estos enfoques, se señalan los aportes que pueden hacerse desde la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe (2004).

⁴ En alusión a los 200 años de los procesos de independencia de la mayoría de los países de la región.

En un segundo apartado, se plantea la necesidad de miradas capaces de reparar en actores permeados por conflictos y tensiones en un contexto histórico-geográfico específico. Asimismo, se insiste en la importancia de considerar la contingencia de las identidades, como también su permanente interrelación con un entorno que las modifica y resulta modificado. Para lograr una comprensión semejante, se propone un acercamiento a la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, destacando su estudio de la constitución y redefinición de las identidades políticas.

En consonancia con dichos argumentos, múltiples expresiones de acción colectiva en Latinoamérica manifiestan el entrecruzamiento de dimensiones diversas y se constituyen como el resultado de una sobredeterminación de circunstancias, donde su articulación con el contexto adquiere notoria centralidad. Es preciso, entonces, analizar la movilización social como expresión de identidades políticas que, por un lado, construyen lazos de solidaridad y equivalencias, y, por otro, trazan fronteras con sus antagonistas o adversarios.

Repensando algunas lecturas tradicionales

En distintos trabajos de nuestro equipo de investigación⁵ se ha señalado la necesidad de sistematización de los estudios referidos a la acción colectiva. Dicha tarea enfrenta, al menos, tres problemas destacados (Lodeserto *et al* 2010: 58-59). Primero, las dificultades que se presentan para delimitar el campo de estudios, en tanto no se reconocen criterios claros y precisos que permitan diferenciar al movimiento social de otras formas de acción colectiva (movimientos sociales, protesta social, acción sindical, entre otras). Segundo, se trata de una temática que configura un ámbito de estudios interdisciplinario por excelencia. De este modo, los distintos aspectos involucrados en el entramado de la acción colectiva insisten en la necesidad de miradas más amplias capaces de trascender los campos disciplinarios académicos. Finalmente, en simultáneo a la multiplicación de experiencias de acción colectiva, fundamentalmente en América Latina, resurgió el interés académico por intentar conocerlas. Así, una tercera dificultad radica en la variedad, la abundancia y la numerosa cantidad de investigaciones dedicadas al abordaje del tema; lo que las impregna de una notoria heterogeneidad y diversidad.

Para comenzar con una breve contextualización de la temática, vale reconocer que en la tradición marxista ya se encontraba la idea de movimiento social asociado a la existencia de un movimiento colectivo que se destacaba por contener la misión histórica de revolucionar la época: el movimiento proletario (Marx [1848] 1985). Pero en este esquema, especialmente en la posterior versión leninista, se desconfiaba de toda acción colectiva que no adoptase la forma de

⁵ Programa de investigación: *Participación Ciudadana y Rol de las Organizaciones de la Sociedad Civil. Historia y Actualidad del problema*. Financiado por SeCyT-UNRC. Dirección: Teresita Morel, Co-dirección: Celia Basconzuelo. Resolución rectoral 544/2009.

partido. Así, el partido obrero se constituía como dirigente inevitable del proceso emancipador, con capacidad exclusiva de incidencia en la evolución histórica.

A fines del siglo XIX, la sociología de masas reavivó el interés por el análisis del tema de la mano de las teorías tradicionales sobre el accionar colectivo. En 1885 Gustave Le Bon impulsó la obra *Psicología de las multitudes*, donde expresó que el comportamiento colectivo se oponía radicalmente a las normas habituales y racionales de actuación de los individuos aislados. “Integrado en una muchedumbre, las facultades racionales del individuo, su juicio moral y su personalidad consciente desaparecen víctimas del contagio y la sugestión de las masas” (Pérez Ledesma 1994: 71). Así, un abismo separaba el comportamiento individual (racional) del de las multitudes (irracional y fuera de toda regla social).

La obra de Neil Smelser *Teoría del comportamiento colectivo* ([1963] 1995) significó un giro aunque no una ruptura con las tradiciones anteriores. El comportamiento colectivo era entendido como un proceso de cortocircuito producido por un desfase entre algún componente estructural (valores, normas, organización o contexto) y los valores generalizados del colectivo actuante. Siguiendo a Pérez Ledesma (1994: 73-74), Smelser se alejaba de los enfoques psicológicos, puesto que la participación en la acción colectiva era fruto de condiciones sociales que desintegraban los lazos de cohesión social. Sin embargo, en la caracterización de las creencias y los valores colectivos aún se identificaba, en primer plano, la presencia de componentes irracionales.

A fines de la década de 1960 la teoría de la privación relativa adquirió un lugar destacado en la interpretación del accionar colectivo. Su principal exponente, Ted Gurr, sostuvo que era la privación de recursos la que generaba un malestar profundo en un grupo extendido y en consecuencia conducía al estallido. Esta posibilidad de que la privación estallara en violencia se daba en función de dos variables complementarias: la intensidad de los sentimientos de privación (profundidad del malestar) y las dimensiones del grupo afectado. Si bien no se establecía una correlación automática entre frustración y agresión, según Pérez Ledesma (1994: 80) persistió la centralidad en los aspectos psicológicos en contraste con la importancia otorgada por Smelser a los factores estructurales.

La proliferación de experiencias de movilización social y los continuos cuestionamientos a la idea de que los individuos que se involucraban en acciones colectivas fueran inmaduros o irracionales incentivaron un cambio de perspectiva. En la segunda mitad del siglo XX la movilización social comenzó a ser vista como vía establecida de participación en la política, y a partir de la década de los setenta se reconocen centralmente dos nuevos grandes enfoques para el análisis del tema: el norteamericano o de la interacción estratégica y el europeo o de la identidad colectiva (Gohn 1997, Pérez Ledesma 1994, Laraña 1999).

La primera de estas perspectivas engloba mayoritariamente a autores de raigambre norteamericana y se ha dedicado al estudio de experiencias de acción colectiva en esa área geográfica (movimiento negro, movimiento pro derechos civiles, movimiento sindical, entre otros). El análisis enfatiza en los modos

de organización y en las motivaciones de los participantes. En este sentido, resultaron fundamentales las contribuciones de Marcur Olson (1965), al sostener que los individuos deciden su actuación colectiva en base a un cálculo de costes y beneficios; por ello si el costo de involucrarse en una acción colectiva es mayor que el beneficio que podrían obtener, deciden racionalmente no actuar.

En el marco del enfoque norteamericano o de la interacción estratégica podrían distinguirse dos grandes líneas de estudio. Por un lado, la teoría de la movilización de recursos, que se ha interesado principalmente en los recursos organizativos y la capacidad de iniciativa de los líderes y activistas. La misma podría encontrar sus orígenes en los trabajos de John McCarthy y Mayer Zald (1973 y 1979). Por otro, la teoría de la movilización política, que se ha centrado en las oportunidades y cambios políticos del contexto que rodea a la acción colectiva. Esta variante reconoce los aportes de Charles Tilly (1978 y 2000), Doug McAdam (1982 y 1999) y Sidney Tarrow (1998). También podrían considerarse otras líneas interpretativas menos difundidas al interior del enfoque norteamericano, las cuales prestan mayor atención a los marcos culturales o identitarios de la movilización social. Tal es el caso de las obras de Anthony Obershall (1973, 1993) y los abordajes de William Gamson (1992) y David Snow (1986) en torno a la idea de “marcos de interpretación”⁶. Esta gran diversidad de expresiones da cuenta de la evolución de la perspectiva norteamericana desde pensar al actor como hiper racional (estratégico) hasta tomar en cuenta sus capacidades y competencias, acercándolo a la idea de actor interpretativo.

Desde la teoría de la movilización de recursos se remarcó que la mayor disponibilidad de recursos incentivaba a los individuos a involucrarse en la acción colectiva y mejoraba sus posibilidades de incidencia en el espacio público. En la obra titulada *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, McAdam, McCarthy y Zald señalan la centralidad del análisis en torno a las “estructuras de movilización” (canales colectivos, tanto formales como informales, a través de los cuales un grupo de personas puede movilizarse) y los “repertorios de acción” (instrumentos disponibles para la acción colectiva, la expresión o metodología que ésta adquiere: huelga, piquete⁷, cacerolazos⁸, bloqueos hormiga⁹, entre otros).

⁶ Vale remarcar que autores como Pérez Ledesma (1994) incluyen a estos exponentes en el marco de las variaciones que ha sufrido la teoría de la movilización de recursos.

⁷ Quema de neumáticos para generar una obstrucción de calles, rutas o algún camino en particular. La fuerza de este repertorio alcanzó tal magnitud que quienes participaban del mismo pasaron a identificarse como “piqueteros” y se transformaron en sujetos políticos de notoria relevancia en el contexto argentino de fines del siglo XX y primeros años del siglo XXI.

⁸ Agitar cacerolas y emitir sonidos con las mismas al golpearlas con un cucharón. De este modo, elementos simples de la vida doméstica cotidiana irrumpían en el espacio público para mostrar descontento con un estado de cosas. Vale destacar que este repertorio de acción está siendo recientemente utilizado por distintos sectores, en general de clase alta o media-alta, para manifestarse en contra del gobierno de la actual presidente Cristina Fernández.

⁹ Cortes de caminos a partir de la reunión de un grupo de obstáculos que se colocaban en el camino y eran proporcionados, uno a uno, por sus diferentes participantes. Es un repertorio característico de los movimientos campesino-indígenas en el contexto boliviano reciente.

También se reconocen los distintos momentos por los que atraviesa un proceso de acción colectiva, diferenciando entre etapas de mayor y menor auge. Se trata de la identificación de “ciclos de acción” o *waves of contention* como elemento clave para aprehender la trayectoria y evolución de los colectivos organizados.

Por otra parte, la teoría de la movilización política se ha abocado al análisis de la “estructura de oportunidades políticas” que condiciona a la movilización social. Los cambios en los constreñimientos políticos podrían revelar un momento crucial de debilidad del oponente que reduciría los costos de actuar colectivamente. Con fines analíticos y metodológicos McAdam *et al* (1999: 50-65) desagregan el concepto de “estructura de oportunidades políticas” señalando que puede hacer referencia tanto al grado de apertura del sistema político, como a la estabilidad/inestabilidad en las alineaciones entre las elites e, incluso, a la capacidad represiva del Estado.

Resultaría necesario expresar aquí algunas objeciones que ponen de manifiesto las insuficiencias de la noción “estructura de oportunidades políticas” para dar cuenta de la articulación entre acción colectiva y Estado/gobiernos/entorno político. En primer lugar, McAdam *et al* (1999) presentan las oportunidades del contexto como condiciones totalmente externas a los actores, pudiéndola aprovechar cualquier organización. No obstante, las organizaciones no se constituyen de una vez y para siempre; tampoco desarrollan idénticos procesos y, por ende, no todas ellas se encuentran en igualdad de condiciones a la hora de identificar las distintas posibilidades que se abren en un entorno determinado. De modo que a través de la categoría en cuestión no se alcanzaría a explicar por qué un movimiento, y no otro, logra aprovechar las oportunidades políticas.

En segunda instancia, el hecho de que algunos cambios en el contexto sean interpretados como oportunidades por un sujeto colectivo no constituye un proceso automático, sino que esos cambios se convierten en oportunidades sólo cuando un discurso los significa como tales. Es decir, la oportunidad no adquiere ese carácter hasta que no es articulada discursivamente en tanto nueva posibilidad o momento favorable para la movilización.

En tercer lugar, desde la teoría de la movilización política se sostiene que en un sistema más represivo habría mayores restricciones para la acción colectiva. Sin embargo, la presencia de la represión como amenaza latente y efectiva muchas veces redundó en un incremento de la oportunidad política. En otras palabras, frente a contextos hostiles, la movilización social, en lugar de replegarse, puede radicalizarse e incrementar su accionar para manifestar su descontento e intentar poner freno a una situación de represión creciente¹⁰.

¹⁰ En otros textos hemos analizado la consolidación de las organizaciones campesino-indígenas bolivianas y el impulso de un instrumento político (Quiroga 2012, 2010, 2009). Destacamos que los sindicatos de productores de coca del Trópico cochabambino se involucraron en el juego político porque “el sistema social no ofrecía otras alternativas de negociación y porque las elites se han mantenido unidas para bloquear cualquier concesión por parte del Estado” (Archondo 2007: 91). Así, la acción colectiva respondió a la falta de oportunidades que brindaba el sistema político boliviano y a la existencia de la represión como

Por último, la noción de estructura de oportunidades políticas, tal como la presentan McAdam *et al* (1999), parece no reparar en el hecho de que los movimientos sociales también pueden incidir en la ampliación de dicha estructura. “Las oportunidades catalizan la acción política pero los movimientos también consiguen ampliar el espectro de las oportunidades” (Gamson y Meyer 1999: 403). Así, varios de los autores de esta tradición fallan en reconocer la articulación entre movimientos y realidad política, una relación donde se establecen influencias y condicionamientos mutuos.

En el caso del enfoque europeo o de la identidad colectiva pueden distinguirse, siguiendo a Maria da Gloria Gohn (1997: 160-168), dos corrientes de análisis con subdivisiones internas. Dentro del primer grupo, denominado de los nuevos movimientos sociales, la autora realiza tres diferenciaciones entre el accionalismo más socio-cultural de los trabajos de Alain Touraine (1990, 1997, 2003), las expresiones cercanas a la psicología social y centradas en la identidad colectiva de Alberto Melucci (1980, 1994) y la versión más politizada y neomarxista de Claus Offe (1988). En lo que respecta a la segunda corriente, la variante marxista o neomarxista, Gohn (1997) distingue a aquellos teóricos vinculados a los movimientos sociales urbanos y con carácter histórico estructural, como Manuel Castells (1974) y Jordi Borja (1975), de los analistas de los movimientos sociales de trabajadores y cercanos al neomarxismo como Edward Thompson (1984) y George Rudé (1980).

Más allá de esta clasificación, se considera aquí que todo el primer grupo utilizó la expresión “nuevo movimiento social” y prestó mucha atención a los factores estructurales, más concretamente a los cambios establecidos en la sociedad posindustrial, frente a los cuales reaccionarían los nuevos actores colectivos. A su vez, el marxismo -identificado exclusivamente con el segundo grupo que señala Gohn (1997)- atravesó todo el enfoque europeo, nutriéndolo de distintas categorías. Es más, se comenzó con una matriz marxista de análisis, considerando al movimiento social como explicitación de un conflicto social, aún ligado a la idea de clase y portador de un proyecto emancipatorio. Sin embargo, hacia los años ochenta se percibe un consenso generalizado entre los diferentes autores sobre el protagonismo de nuevos actores que se movilizaban al margen de organizaciones políticas y sindicales. De allí que se establecía una diferenciación muy importante con la acción colectiva de la sociedad industrial desarrollada fundamentalmente por la clase obrera.

En esta línea, Alain Touraine advirtió que un movimiento social constituía un conflicto entre grupos que iba más allá de una lucha de intereses y ponía en tela de juicio un sistema de poder, lo que también suponía una referencia positiva a las orientaciones culturales de una sociedad (Touraine 1997: 100-103). Ahora bien, sus postulados recibieron diversas críticas, como las formuladas por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe al sostener que de algún modo continuaba con

una amenaza constante.

la búsqueda de un movimiento social que pudiera desempeñar en la sociedad programada el papel que jugaba la clase obrera en la sociedad industrial; lo que según dichos autores indicaría claramente “la persistencia de la idea de la unicidad de la fuerza social capaz de operar un cambio radical en una sociedad determinada” (Laclau y Mouffe 2004: 214).

Desde la óptica de Alberto Melucci, un movimiento social se define como una acción colectiva que apela a la solidaridad en tanto que “capacidad de un actor para compartir identidad colectiva”, explicita un conflicto social (una relación entre actores enfrentados por la lucha en torno a los mismos recursos) y rompe los límites del sistema en que se produce (Melucci 1994: 173). Así, el pensador italiano reconocía que la acción colectiva también se situaba en el terreno de la producción simbólica al interior de la vida cotidiana e implicaba el desarrollo de una identidad colectiva. Ésta suponía la construcción y producción de significados, creencias, valoraciones y decisiones compartidas.

La categoría “nuevo movimiento social” que impulsaron varios de los autores de raigambre europea, despertó numerosas críticas. En primer lugar, se objetó la supuesta novedad de los protagonistas de la acción colectiva en la sociedad posindustrial. Desde la corriente marxista se argumentó que esa novedad no existiría, porque “hay una continuidad estructural del capitalismo como fuente de lucha social” (Lodeserto *et al* 2008: 453). Además, el marxismo señaló la continuidad de la pertinencia de la noción de lucha de clases para interpretar el cambio social (Borón 2007). El pensamiento decolonial también ha cuestionado las referencias a la novedad de los movimientos sociales, en tanto actores que revelarían nuevas problemáticas. Para Sousa Santos (2007) se trata de la denuncia de formas de opresión que habían sido omitidas o descuidadas por las teorías y movimientos vigentes, y que complementan o profundizan las diferencias de clase.

Por su parte, frente a las discusiones en torno al protagonismo de una clase o de determinados sectores sociales sobre otros en la gesta de la acción colectiva, Laclau y Mouffe manifestaron que “la forma elemental de la construcción del vínculo social se encuentra en la noción de demanda” (Laclau, 2005b: 98). De allí que, para dar cuenta de la constitución de un movimiento social en particular, se debería ahondar en el proceso de construcción de articulaciones entre demandas diversas en torno a un significante común, antes que pensar en la aglomeración aislada de individuos de una u otra clase social. Retomaremos estas ideas en el apartado siguiente.

Luego, también se objetó la denominación “social” que se atribuye a las nuevas organizaciones y movimientos. Se argumentó que tal identificación pretende soslayar las discusiones en torno al poder y al Estado. Esta crítica podría rastrear en algunos autores marxistas (Borón, 2007; Carreras *et al*, 2008), como en aquellos identificados con el pensamiento político posfundacional (Laclau, 2000 y 2005b; Rancière, 1996 y 1999). Frente a ello, sostenemos el carácter político de la movilización social latinoamericana, ya que otorgó visibilidad a

identidades hasta entonces ocultas o silenciadas; y -de modo diverso- puso en cuestión el ordenamiento y la distribución de los recursos en una sociedad.

En adición a las críticas que se señalaron, el contexto latinoamericano presenta especificidades que lo distinguen de los entornos de Europa o de Estados Unidos, donde surgieron los enfoques centrales para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales. En muchos casos de América Latina resulta difícil la identificación de la clase media como principal protagonista, la destacada visibilidad de la pluralidad de demandas en los medios de comunicación o la pretendida autonomía de los partidos políticos y del Estado. En cambio, numerosas luchas pasan por lo concreto de la reproducción de la vida material, combinan viejos y nuevos repertorios, se manifiestan con un fuerte apego a la territorialidad y en un complejo proceso de articulaciones con el Estado y los gobiernos.

En consonancia con ello, se considera pertinente señalar algunas líneas de investigación sobre acción colectiva que se desarrollaron desde América Latina¹¹. Se trata de corrientes heterogéneas y muchas veces divergentes, pero que enfatizan el estudio de movimientos sociales latinoamericanos como expresiones que dan cuenta de las particularidades propias de un contexto histórico-geográfico. No obstante, también suelen apoyarse en las perspectivas tradicionales que describíamos antes, ya sea para acercarse a ellas o para tomar distancia a partir de la crítica.

En la variedad de líneas interpretativas que se desarrollaron en América Latina encontramos desde referencias al rol que jugaron los movimientos sociales en la transición democrática como espacios de mediación entre la sociedad civil y el Estado/sociedad política (Jelín 1987, Calderón 1995), hasta análisis que enfatizan el proceso de descentralización del Estado en función de la participación política de los “ciudadanos” (Herzer y Pérez 1988, Passalacqua 1988, Nunes 1991). El llamado pensamiento decolonial latinoamericano también se dedicó al análisis de los movimientos sociales argumentando que se ponía excesivo énfasis en las rupturas existentes entre las nuevas y antiguas formas colectivas de transformación social (Escobar *et al* 1991). Asimismo, señaló el potencial decolonizador de muchas de las experiencias de movilización social que se desarrollaban en el subcontinente, en especial las indígenas (Mignolo 2009). Por su parte, desde el pensamiento marxista latinoamericano se continuó sosteniendo la pertinencia del concepto de luchas de clases para explicar la conflictividad social, cuestionado la supuesta novedad de los movimientos sociales de la región (Borón 2006, Cotarelo 2007, Izaguirre 2007).

En los últimos tiempos la noción de movimientos socio-territoriales alcanzó amplia difusión para identificar a la acción colectiva latinoamericana. Dicha categoría ha sido empleada por autores como Carlos Porto Gonçalves (2001), Bernardo Mançano Fernandes (2005), Norma Giarracca (2005a, 2005b), Raúl

¹¹ Reiteramos que no se trata de una enunciación que se pretenda acabada o exhaustiva, sino que se contemplan algunas de las múltiples líneas de estudio sobre acción colectiva que se han desarrollado desde América Latina.

Zibechi (2006) y Maristella Svampa (2008, 2006). Los movimientos socio-territoriales se caracterizarían por cuatro dimensiones comunes: territorialidad, acción directa, estructura flexible y asamblearia y tendencia a la autonomía (Svampa 2006: 43-44).

La noción de movimientos socio-territoriales podría resultar más pertinente para analizar diferentes experiencias que, en la América Latina de fines del siglo XX, se erigieron como formas alternativas de acción y organización. Las mismas resignificaron al territorio como clave identitaria, establecieron estructuras organizativas pero no dejaron de lado las asambleas -que muchas veces se constituyeron como fines en sí mismas- y, en definitiva, adquirieron carácter político. Sin embargo, parecería que nuevamente se recae en la enunciación de una seguidilla de características que tenderían a la esencialización y cristalización de los actores, quienes deberían ajustarse a ese tipo ideal para alcanzar la denominación de movimientos socio-territoriales.

El estudio de la movilización social a partir de la enumeración de un conjunto de rasgos homogéneos, con un contenido y una dirección prefijada, resulta insuficiente porque no logra explicar cómo operan esas características para incentivar -o para desalentar- la acción colectiva. Frente a ello, es necesario reparar en el análisis de las lógicas articuladoras por las cuales una relación social se identifica como injusta, no deseable y posible de ser transformada a través del accionar colectivo.

Los aportes de la teoría de la hegemonía en el repensar de la acción colectiva

La teoría de la hegemonía en la versión de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe se presenta como un esquema teórico de importancia creciente para el análisis político contemporáneo. Para Oliver Marchart (2009) forma parte de la tradición de pensamiento político posfundacional. La misma se distancia del fundacionalismo de la narrativa moderna y del anti-fundacionalismo del posmodernismo “vulgar”, afirmando la posibilidad de construir fundamentos relativos a sabiduras que serán siempre precarios y contingentes (Marchart 2009: 25-28).

Asimismo, Laclau y Mouffe (2004) emprenden una lectura crítico-deconstructiva de la tradición marxista. En el capítulo tres de su obra *Hegemonía y Estrategia Socialista* realizan una recuperación de los conceptos básicos del análisis gramsciano, radicalizándolos en una dirección que va más allá del propio Antonio Gramsci. En este sentido, los mencionados autores rescatan las referencias a la lógica de la articulación y la centralidad política de los efectos de frontera, advirtiendo en la propuesta del pensador italiano una superación de la categoría de necesidad histórica y la emergencia de la contingencia como categoría analítica. No obstante, intentan distanciarse del último reducto esencialista que persistiría

en el pensamiento de Gramsci, quien aún sostendría el carácter necesario de la clase social (Laclau y Mouffe 2004: 180-181).

Resulta preciso señalar que en diversos trabajos¹² abocados a la clasificación de las corrientes teóricas sobre acción colectiva se identifica a la teoría de la hegemonía laclauiana dentro del paradigma europeo o de la identidad colectiva. Dicha opción se justificaría en que ambos enfoques comparten la centralidad de la categoría “identidad” y la presunción de que no alcanza con el análisis de oportunidades y constreñimientos, sino que es necesario observar cómo se construyen determinadas estructuras de sentido. Sin embargo, en el presente artículo se trata separadamente y de manera más exhaustiva la perspectiva de Laclau y Mouffe, ya que muestra amplias diferencias con las corrientes señaladas en el primer apartado y, a su vez, adquiere notoria relevancia para comprender los procesos de constitución y redefinición de las identidades políticas.

La teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe adopta una concepción discursiva de las relaciones sociales. Así, el significado social de algo se entiende en relación con el contexto general del que forma parte. Es decir, las identidades de los agentes no adquieren un significado esencial ni totalmente acabado, sino que éste está dado por la inserción en un determinado complejo relacional. Las identidades se encuentran expuestas a los distintos conflictos sociales y es a partir de su negación que tienen posibilidad de existencia, se definen en la alteridad y la oposición. El antagonismo, por lo tanto, cumple dos papeles simultáneos dado que bloquea la plena constitución de la identidad a la que se opone (y muestra su contingencia) y es, a la vez, parte de las condiciones de existencia de aquella identidad. “Esta relación entre bloqueo y afirmación simultánea es la contingencia” (Laclau 2000: 38).

Un buen ejemplo de la centralidad del antagonismo se encuentra en el auge y accionar conjunto de los movimientos sociales para resistir al modelo neoliberal en América Latina de fines del siglo XX. El neoliberalismo se constituía como lo “otro” ante lo que había que reaccionar, puesto que con su profundización se agravaban las consecuencias negativas. Se priorizó el antagonismo con dicho proyecto político-económico antes que las reivindicaciones particulares de los actores colectivos. En estos términos se podría hacer una lectura de la confluencia de múltiples protestas, como los piquetes y los cacerolazos, protagonizados por diferentes sectores con demandas diversas durante los sucesos de diciembre de 2001 en Argentina.

La formación de antagonismos también es importante en la comprensión de la noción de política. De este modo, el proceso por el cual se constituye una identidad política implica “el establecimiento de un límite que excluye una alteridad y que tiene como manifestación discursiva la presencia de un antagonismo que es precisamente el testimonio de la imposibilidad de constitución de identidades plenas” (Laclau 2000: 160). La diferenciación radical con un otro excluido remite

¹² Es el caso por ejemplo de Gohn (1997) y de Laraña (1999).

a una de las dimensiones que señala Gerardo Aboy Carlés (2001, 2011) en el estudio de las identidades políticas, la dimensión de alteridad. Paralelamente, se desarrolla otro proceso que implica la homogeneización¹³ al interior de cada identidad particular. Se trataría de la dimensión representativa, es decir, la construcción de equivalencias de demandas en torno a un significante que sobredetermina el campo de demandas que reúne. A su vez, estos procesos de homogeneización interna y de diferenciación externa no se dan en el vacío sino en el marco de herencias, apropiaciones y reocupaciones que gravitan en tanto tradiciones; y que, según Aboy Carlés (2011), delinear un campo parcialmente estructurado y sedimentado.

Estas argumentaciones se relacionan con la incidencia de dos lógicas de articulación política que, si bien son distintas, siempre operan juntas y se implican mutuamente para la construcción de lo social: la lógica de la equivalencia y la de la diferencia. Las mismas serán claves para comprender el proceso de constitución y desplazamiento de los actores colectivos. La equivalencia alude al proceso en el cual comienza a darse cierta solidaridad entre determinados discursos a partir de la negación de la satisfacción de algunas demandas. En otras palabras, cuando las múltiples demandas no son satisfechas por los canales administrativos la insatisfacción podría abonar la emergencia de un sentido de “frustración múltiple [que] disparará lógicas sociales de un tipo completamente diferente” (Laclau 2005a: 37). Las distintas demandas serán equivalentes en relación a aquello que las niega, la institucionalidad que no les hace lugar; por ello se dice que sus lazos equivalenciales son de carácter negativo.

En cuanto a la lógica de la diferencia, su expansión se da cuando la demanda no puede ser satisfecha por los demandantes mismos y es resuelta por algún arreglo institucional. De manera que esas demandas también tienen cierto potencial de equivalencia pero, en definitiva, es su propia diferencia lo que las hace equivalentes.

Si se lleva este proceso a su extremo lógico tendremos una multiplicidad de demandas que son resueltas administrativamente generando la expansión de una lógica de la diferencia, en la cual no habría una división de lo social y todas las solicitudes serían resueltas de una forma institucionalizada (Laclau 2005a: 37).

En definitiva, Laclau (2005b) reconoce a la lógica de la diferencia y a la lógica de la equivalencia como dos formas de construcción de lo social. Pese a estar ambas presentes, se distancian al punto de que una crea una frontera interna a lo social y la otra no. Se enfatiza que a través del surgimiento de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas se construye una frontera interna y una dicotomización. Por un lado, el campo de la institucionalidad excluyente, el

¹³ Vale aclarar que dicha homogeneización no refiere a la conformación de una realidad acabada y totalmente homogénea; sino que las diferencias se atemperan pero conviven y se tensionan en una identidad.

lugar de los poderosos; por el otro, el lugar de los excluidos, los desamparados, los que no obtienen respuesta y que Laclau resume en la idea de “los de abajo” [*underdogs*]. Un discurso diferencial en cambio no crea una frontera interna, porque tiende a presentar sus propios límites como los de la propia comunidad en general. Las demandas son satisfechas a través de arreglos institucionales, se absorben una a una mediante la administración de los conflictos.

Sobre la base de las argumentaciones precedentes podríamos identificar dos cuestiones que resultan interesantes para pensar la acción colectiva: la articulación equivalencial de demandas y la frontera interna antagonica. De este modo, una expresión de acción colectiva se constituye y consolida en torno a la construcción de equivalencias entre demandas diversas pero comúnmente insatisfechas. Ello implica, a la vez, el trazado de una frontera con los responsables de tal insatisfacción, una división entre un “nosotros” y un “ellos”. El análisis de la constitución del instrumento político de las organizaciones cocaleras del Trópico de Cochabamba, en Bolivia¹⁴, resulta útil para ilustrar estas enunciaciones:

Entre las demandas de las distintas organizaciones nucleadas en el MAS-IPSP¹⁵ se fue desarrollando cierta equivalencia, cierta solidaridad, en tanto resistían la erradicación forzosa de los cacaos -o su sustitución por producciones alternativas- y la presencia de un Estado como amenaza latente (...) La hoja de coca, como reivindicación fundamental de distintas organizaciones, expandió su significación para convertirse en un eslabón más en la lucha por la soberanía y la dignidad nacional (...). Estas demandas se inscribieron en la misma cadena equivalencial que resistía la mala administración de los gobiernos locales y también la injerencia de las empresas transnacionales (Quiroga 2012: 254).

En el ejemplo citado identificamos una demanda que adquiere una extensión mayor y pasa a simbolizar algo que va más allá de las propias demandas articuladas. Las categorías de la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe permiten comprender ese proceso, inicialmente, como la construcción de una equivalencia de demandas alrededor de un significante común que sobredetermina el campo de demandas que reúne. Así, las reivindicaciones de los pueblos originarios por respeto a sus derechos tras siglos de olvido se enlazaron con la defensa de los recursos naturales saqueados por las malas administraciones locales y la voracidad del poder imperial (Quiroga 2010: 269). Pero estas demandas lograron representar más que la cuestión étnica y se articularon en discursos más amplios capaces de atravesar a múltiples sujetos y antagonismos. Esta situación podría resumirse en el slogan de campaña del Movimiento Al Socialismo (MAS) que interpelaba a votar por nosotros mismos:

¹⁴ La experiencia de las organizaciones campesinas indígenas, la emergencia del Movimiento Al Socialismo como instrumento político, la consolidación del gobierno de Evo Morales, han sido objeto de diversas publicaciones de mi autoría y en coautoría. Asimismo, se trata de temáticas que se abordan en mi tesis doctoral.

¹⁵ Movimiento Al Socialismo – Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP).

“Somos pueblo, somos MAS”.

En definitiva, la constitución de experiencias de acción colectiva en el contexto latinoamericano reciente podría analizarse en términos de la emergencia de sujetos que, desde los márgenes del discurso hegemónico, logran irrumpir y dislocar al orden establecido, transformándose en heterogéneos al sistema de representación comunitario (Rancière 1996 y 1999). Siguiendo las enunciaciones de Jacques Rancière, el momento político -distinto al momento policial- se manifiesta cuando esa parte de la comunidad, que no estaba autorizada a hablar, usurpa la palabra para demostrar que se la han negado. Se constituye, entonces, un escenario común a partir de ese litigio fundamental en torno a la cuenta de las partes. Al mismo tiempo que irrumpe y distorsiona, la política implica la institución de algo común: esa parte que no era parte, que en nombre del daño que le provocan quienes la empujan a no tener nada, se identifica con el todo comunitario (Rancière 1996: 21-25).

Todo ello resulta pertinente para entender los procesos que se dieron en la última década en que los movimientos sociales latinoamericanos parecieron alejarse cada vez más de una visión autonomista y autolimitante, en el sentido de irrumpir en el espacio de la política institucional y disputar al gobierno neoliberal la prerrogativa de la toma de decisión. De este modo, identificamos que las experiencias del subcontinente enarbolaban reivindicaciones claramente políticas y, al decir de Ramírez Gallegos (2006), contribuyeron a generar un recambio de cuadros, “más plebeyos y populares”, y aportaron al aparato gubernativo un conjunto de “dirigentes sociales, militantes y técnicos provenientes de sectores sociales desfavorecidos marcados por su extracción de clase, o por su etnia y color de piel” (Ramírez Gallegos 2006: 34).

En suma, los aportes de la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe -en complemento con algunos postulados de Jacques Rancière- plantean la aceptación del carácter constitutivo de la heterogeneidad. Con ello, nos animamos a pensar a las expresiones de acción colectiva como manifestaciones de la inexistencia de un espacio completamente suturado y de una representabilidad plena. “Siempre habrá antagonismo, luchas y parcial opacidad de lo social: siempre habrá historia” (Laclau 2000: 145).

Conclusiones

Este artículo ha intentado sistematizar algunas de las corrientes teóricas contemporáneas dedicadas al análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales. En primer lugar se hace alusión a la perspectiva norteamericana o de la interacción estratégica y en segunda instancia al enfoque europeo o de la identidad colectiva. Estas miradas pusieron el acento en aspectos diferentes, mientras los primeros parecían intrigarse más por el cómo, privilegiando la noción de acción colectiva; los otros se preguntaban el por qué de la emergencia

de “nuevos movimientos sociales”. En tercer lugar se hace referencia al enfoque latinoamericano que, más allá de la variedad de autores y corrientes de investigación, ha intentado dar cuenta de las especificidades que adquiere la movilización social en América Latina.

Esta reconstrucción del estado de la cuestión en torno a la temática general de la acción colectiva responde a fines analíticos, ya que las distintas tradiciones de estudio no se presentan de modo homogéneo y estático, sino que admiten cambios y matices diversos. De allí que en este texto se haga alusión a una variedad de autores y argumentos que, lejos de constituir una clasificación exhaustiva, pretende mostrar parte del abanico de miradas en torno a la movilización social y sus particularidades en América Latina.

Prosiguiendo con esta línea, también se pretendió dar cuenta de algunas limitaciones de los enfoques predominantes para aprehender el carácter heterogéneo, contingente y complejo de las identidades. Frente a ello, se planteó la pertinencia de los aportes de la teoría laclauiana de la hegemonía y sus modos de entender el proceso de constitución de identidades políticas. De esta manera, el análisis de las expresiones de acción colectiva -en tanto identidades políticas- requiere reparar, a la vez, en la construcción de equivalencias entre demandas diversas y en el trazado de fronteras políticas.

Bajo esta perspectiva de análisis se podrá reconocer si una organización logra articular distintas demandas, si existe una dicotomización del espacio político y si se han trascendido los lazos equivalenciales para configurar identidades más amplias. En definitiva, esto también ayudará a comprender por qué en algunos casos las demandas de los colectivos organizados se incorporan a la formación hegemónica del Estado y en otros representan un desafío a la misma.

Bibliografía

Archondo, R (2007) “La ruta Evo Morales”. En: *Nueva Sociedad* Nro. 209, mayo-junio, Buenos Aires

Aboy Carlés, G. (2011), “Los movimientos sociales y los estudios de identidades”. En: Di Marco, G: *Movimientos sociales, identidades y ciudadanía*, Buenos Aires: UNSAM.

Aboy Carlés, G (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario: Homo Sapiens.

Borja, J (1975), *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires: SIAP

Borón, A (2007) “Identidad, subjetividad y representación”, En: villanueva,

E y massetti, A *Movimientos sociales en la Argentina de hoy*. Buenos Aires: Prometeo.

Borón, A (2006), “Crisis de las democracias y Movimientos Sociales en América Latina”. En: *OSAL*, nro. 20, Buenos Aires: CLACSO.

Calderón, F (1995) *Movimientos sociales y política: La década de los ochenta en Latinoamérica.*, México: Siglo XXI y UNAM.

Carrera I N, López Maya M, Calveiro P (2008) *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.

Castells, M. (1974), *Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo XXI.

Cotarelo, C. (2007): “Movimiento sindical en Argentina 2004-2007: ¿anarquía sindical?” Ponencia presentada en la XI Jornada Interescuelas de Historia, Tucumán, septiembre.

Escobar, A.; Álvarez, S. y Dagnino, E. (2001) *Política Cultural y Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Caracas: Ed. Taurus – ICANH.

Fernandes, B. M (2005) “Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais”, en: *OSAL*, Año 6 no. 16, Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal16/D16MFernandes.pdf> Consultado el 9 de enero de 2010.

Gamson, W. y Meyer, D. (1999): “Marcos interpretativos de la oportunidad política” En: Mc Adams D; Mc Carthy J y Zald M (Comp.): *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, Madrid. Istmo.

Gamson, W (1992) *Talking Politics*, Nueva York: Cambridge University Press.

Giarraca, N (ed) (2005a) *Ruralidades latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Giarraca, N y wahren J (2005b) “Territorios en disputa: iniciativas productivas y acción política en Mosconi, Argentina”. En: *Revista OSAL*, No. 16, Buenos Aires: CLACSO

Gohn, M G (1997) *Teoría de los movimientos sociales: paradigmas clásicos y contemporáneos*, San Pablo: Editorial Loyola.

Herzer, H y Pérez, P (1988) “El municipio entre la descentralización y la crisis”. En: Herzer, Hilda y Pérez, Pedro (comps.): *Gobierno de la ciudad y crisis en la Argentina*, Buenos Aires: IIED-AL/GEL.

Izaguirre, I (2007) “Movimientos Sociales y lucha de clases. Necesidad de reinstalar la socio génesis conceptual en el discurso académico” .En: Antognazzi, Irma y Redondo, Nilda (comp.) *Hacer la historia, un desafío*. Rosario: Ediciones del Grupo de Trabajo Hacer la Historia.

Jelín, E (1987) “Movimientos sociales y consolidación democrática en la Argentina actual”. En: Jelín, Elizabeth (comp.) *Movimientos sociales y democracia emergente/1*, Buenos Aires: CEAL

Laclau, E (2005a) “¿Qué hay en el nombre?”. En: Arfuch, Leonor (comp): *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires: Paidós. Pag. 23-46.

Laclau, E (2005b) *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión

Laclau, E y Mouffé, C (2004) *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laraña, E (1999): *La construcción de los Movimientos Sociales*, Madrid: Alianza.

Le Bon, G [1885] (2000). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.

Lodeserto, A *et al* (2010) “Paradigmas en la investigación de los movimientos sociales en América Latina: abordajes y perspectivas” En: Morel, Teresita; Basconzuelo, Celia y Susen, Simon (Comps.) *Ciudadanía territorial y Movimientos sociales*, Río Cuarto: Ediciones del Icala.

Lodeserto, A; Sánchez, A y Boracchia, M (2008): “Corrientes teóricas en la investigación de los movimientos sociales en América Latina. Una aproximación a su sistematización”. Ponencia presentada en las *XIII Jornadas Interdisciplinarias Internacionales del ICALEA*, 5 al 7 de noviembre, Río Cuarto.

Marchart, O (2009): *El pensamiento político posfundacional. La diferencia*

política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau, Buenos Aires: FCE.

Marx, K [1848] (1985) *El manifiesto Comunista*, Madrid: Sarpe

McAdam, D (1982) *Political Process and the development of Black Insurgency 1930-1970*, Chicago: University of Chicago Press,

McAdam, D; Mc Carthy J y Zald M (1999) “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los Movimientos Sociales”. En: Mc Adams, Dough; John Mc Carthy, Mayer Zald (Comp.): *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo.

McCarthy, J y Zald, M (1979) *The dynamics of social movements: resource mobilization, social control and tactics*. Cambridge: Mass, Winthrop.

McCarthy, J y Zald, M (1973) *The Trends of Social Movement in America: Professionalization and Resource Mobilization*, Morristown: General Learning Press.

Melucci, A (1994) “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”. En: *Revista Zona Abierta*, nro. 69, Madrid. Pag. 153-180.

Melucci, A (1980) “The new social movements. A theoretical approach”. En: *Social Science information*, nro.19.

Mignolo W (2009) “Frantz Fanon y la opción decolonial: el conocimiento y lo político”. En la sección Apéndice de Frantz Fanon. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Aka

Nunes, E (1991):“Introducción”. En Carrión, Fernando *et al: Municipio y democracia*, Santiago: Ed. Sur.

Oberschall A (1993) *Social Movements. Ideologies, Interests and Identities*. New Brunswick y Londres: Transaction Publishers

Oberschall A (1973) *Social Conflict and Social Movement*, Englewood: Prentice Hall.

Olson, M (1965) *The logic of collective action. Public Goods and the Theory of Groups*. Harvard University Press

Offe, C (1988) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales.*, Madrid: Sistema.

Passalacqua, E (1988) “Notas sobre participación política y partidos políticos en el municipio”. En: Herzer, Hilda y Pérez, Pedro (comp.): *Gobierno de la ciudad y crisis en la Argentina*, Buenos Aires. IIED-AL/GEL

Pérez Ledesma, M (1994) “Cuando lleguen los días de cólera (movimientos sociales, teoría e historia)”. En: *Revista Zona Abierta*, nro. 69, Madrid. Pag. 52-120.

Porto Gonçalves, C (2001) *Geografías, Movimientos Sociales. Nuevas Territorialidades y Sustentabilidad*, México: Siglo XXI.

Quiroga, M V (2012) “A identidade política do MAS-IPSP na Bolívia”, en *Revista Pòs*, volumen 11. Universidad de Brasilia: Pag 249-271.

Quiroga, M V (2010) “Somos nosotros, somos gobierno: experiencias de movimientos sociales en Bolivia.” En: *Bolivian Studies Journal*, volumen 15-17. Universidad de Pittsburgh.

Quiroga M V (2009) “Movilización Social en Bolivia. La consolidación de lo indio como capital político”. En: *Revista Conflicto Social*, Revista del programa de investigaciones sobre Conflicto Social - Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA, 2009 Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/revista/01/> Consultado el 03/02/2010

Ramírez Gallegos, F (2006) “Mucho más que dos izquierdas” En: *Revista Nueva Sociedad* 205. Septiembre/Octubre. Pag. 30-44.

Ranciere, J (1999) *En los bordes de lo político*. Soporte digital en: www.philosophia.cl/ Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS

Ranciere, J (1996) *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Rudé, G (1980) *Ideología y protesta popular*. Barcelona: Crítica,

Smelser, N J (1995) *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Snow, D (1986) “Frame Alignment Processes, micromobilization, and movement participation”. En: *American Sociological Review*, nro. 51.

Sousa Santos, B (2007): *Una Reflexión sobre los nuevos movimientos sociales*, en el curso “Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa” del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Septiembre.

Swampa, M (2008) *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Swampa, M (2006): “Movimientos sociales y nuevo escenario regional: inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina”. En: *Cuadernos de Socio-Historia*, 19/20, La Plata. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3612/pr.3612.pdf

Tarrow, S (1998): *Power in movement*, New York: Cambridge University Press.

Thompson, E (1984) *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica

Tilly, C (2000) *Las revoluciones europeas 1492-1992*,. Barcelona: Crítica

Tilly, C (1978) *From Mobilization to Revolution*, Addison-Wesley, Londres.

Touraine, A (2003) “El concepto de movimiento social, ¿sigue vigente?”. En: *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*. Nro. 10, año 1, Febrero, Buenos Aires. Pag: 7-11.

Touraine, A (1997) *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, A [1979] (1990): *Movimientos sociales hoy*, Barcelona: Hacer.

Zibechi, R (2006) *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes anti estatales*, La Paz: Textos Rebeldes.